

Capítulo 345- Guerras entre gatos y perreras

La solapa de entrada de la tienda de mando se abrió con suficiente fuerza como para rasgar la tela. Una teniente de piel de gato se tambaleó dentro, con su traje de combate de licra destrozado a lo largo de las costillas donde las garras habían encontrado su lugar.

La sangre se filtraba a través de las lágrimas, mezclándose con el sudor que hacía que su pelaje en tonos cobrizos brillara a la luz de la lámpara. Sus pechos se agitaban con respiraciones irregulares y el material apretado se estiraba obscenamente sobre su pecho con cada jadeo.

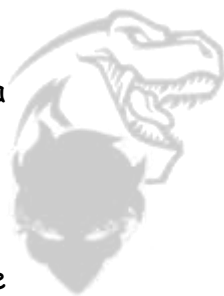
"¡Comandante Mamoon!" Se arrodilló y dejó una mancha carmesí en la estera tejida.

"La posición de Eastern Gorge—nos han derrotado, señora. "Esos cabrones de pelaje blanco hicieron retroceder a todo el tercer batallón del capitán Yan"

Mamoon no se apartó del mapa táctico inmediatamente. Su dedo con garras trazaba la ubicación del desfiladero, e incluso desde atrás, su figura llamaba la atención.

Cuarenta y tres temporadas de cultivo brutal la habían esculpido en algo más que mortal—, un cuerpo que combinaba la gracia letal con una feminidad cruda y abrumadora.

El body de látex negro se aferraba a ella como una segunda piel, tan increíblemente apretado que cada curva, cada caída, cada contorno íntimo estaba a la vista.





El material se extendía a lo largo de sus pechos pesados y redondeados, con sus pezones presionados contra el fino látex en marcado relieve. Más abajo, el traje se moldeó según su sexo con una precisión obscena, y la tela creó una hendidura pronunciada que delineaba sus labios con detalles exquisitos y vulgares.

Marcas carmesí trazaron sus caminos meridianos a través de los hombros, a lo largo de la columna, enfatizando los poderosos músculos que se desplazaban debajo.

"¿Cuántos?" La voz de Mamoon conllevaba el perezoso peligro de que un depredador evaluara a su presa.

"Doscientos muertos. Otros trescientos heridos. Están usando—"

"No pedí un informe de víctimas" Ella se giró y sus ojos ámbar brillaban débilmente a la sombra de la tienda.

"Pregunté cuántos batallones habían enviado esas perras de cola de algodón al desfiladero"

El teniente tragó fuerte. "Al menos cuatro, comandante. Quizás cinco."

"Han fortificado la cresta con conjuntos de cultivo de tierra y—"

"¿Y me estás diciendo por qué?" Mamoon merodeaba más cerca, cada paso medido, con las caderas balanceándose en ese ritmo peligroso exclusivo de los superdepredadores.





"¿Viniste hasta aquí, abandonando tu unidad, para entregarme noticias que podría haber recibido a través de un sistema de comunicación?"

"Señora, el capitán Yan me ordenó que—"

"El capitán Yan está muerto o es incompetente" Mamoon se detuvo a centímetros del teniente arrodillado, mirando hacia abajo con esos ojos ardientes.

"Dime algo útil, mascota. ¿Qué formación están usando esas putas de orejas largas?"

"Artillería de martillo pesado, señora. "Han colocado al menos treinta portadores de trineos en los muros del castillo"

"Están lanzando rocas del tamaño de vagones de suministros directamente a nuestro—"



Un susurro de aire desplazado. Tan sutil que la mayoría lo habría pasado por alto por completo.

La mano de Mamoon se disparó de lado en un movimiento borroso, con los dedos envolviendo una garganta que no había existido en ese espacio ni un latido antes. Tiró con fuerza, su fuerza mejorada por el cultivo arrastraba una figura que tosía y chisporroteaba hacia la visibilidad desde detrás de la viga de soporte central de la tienda.

Una mujer del clan de conejos se materializó, con los ojos esmeralda muy abiertos por la conmoción. Llevaba la típica armadura scout de su tribu — cuero reforzado que abrazaba curvas generosas sin ofrecer una protección significativa.



El diseño de la armadura priorizaba la movilidad sobre la modestia, dejando sus gruesos muslos desnudos y su escote en un lugar destacado. Un pelaje blanco cubría sus antebrazos y pantorrillas, y dos orejas largas yacían planas contra su cráneo por miedo.

"Bueno, bueno, bueno." Los labios de Mamoon se curvaron formando una sonrisa que mostraba demasiados dientes.

"Qué exquisita fortuna. "Un pequeño conejo espía, escabulléndose en mi tienda de mando"

Sus garras presionaron contra la tráquea de la mujer, sin romperle la piel pero prometiéndole que podría hacerlo. "¿Cuánto tiempo llevas escuchando a escondidas, pequeño cabrón peludo?"

El espía gorgoteaba, con las manos raspando la muñeca de Mamoon.

"¡Comandante!" El teniente se puso de pie de un salto, con la espada medio desenvainada.

"¿Cómo lo hizo —cuándo lo hizo—"

"Cállate." Mamoon no apartó la mirada de su cautiva.

Acercó su rostro al de la mujer conejo, inhalando profundamente. "Mmm. Puedo oler los encantamientos en ti. Matrices de invisibilidad. "Silenciando formaciones."





Su agarre se apretó. "Dime, pequeño espía... ¿tu Matriarca pensó que no descubriría lo que ustedes, alimañas, han estado haciendo en nuestras minas del este?"

Los ojos de Mamoon brillaban más y su voz caía hasta un ronroneo letal. "Ustedes, ladrones de cola de algodón, han estado excavando minerales del núcleo de tierra de nuestro territorio durante meses, ¿no es así?"

"Suministrándolos al Tercer Círculo Interior. Esos minerales preciosos que nos llevó décadas localizar."

El rostro de la mujer conejo se volvió más oscuro y sus venas sobresalían de su frente. Sus ojos se dirigieron hacia un lado—confirmación de culpabilidad.

"Te atrapamos. Detuvimos a sus patéticos equipos de excavación."

Los colmillos de Mamoon brillaban. "¿Y en lugar de aceptar el castigo como la inmundicia herbívora que eres, tu Matriarca decidió ampliar las fronteras? ¿Para robar más tierra?"

Sus garras dibujaron una fina línea de sangre a lo largo de la garganta del espía. "¿De verdad pensó que lo dejaría pasar?"

La mano de la mujer conejo golpeó un bolsillo cosido en su armadura a la altura de la cadera. Un conjunto de cultivo brillaba en verde brillante — magia de teletransportación, mínimo del tercer círculo, muy caro.

Su cuerpo brillaba y sus bordes se volvían translúcidos como la niebla de la mañana.





Los dedos de Mamoon se apretaron con aire vacío mientras la mujer conejo se disolvía por completo, su forma se dispersaba como humo en el viento.

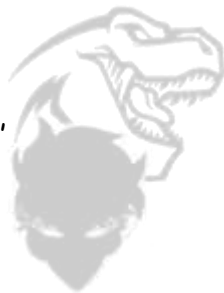
"Maldito cobarde." La mandíbula de Mamoon se apretó lo suficiente como para que le dolieran los colmillos.

Por un momento, permaneció perfectamente quieta, con todos los músculos de su cuerpo envuelto en látex apretados. Luego giró hacia la entrada de la tienda, con su largo cabello carmesí y negro moviéndose detrás de ella.

"Teniente. "De pie."

El gatito más joven se apresuró a subir. "¡Sí, comandante!"

"Suenen los cuernos de guerra. "Todos los batallones —y quiero decir 'todos' los batallones— se preparan para un asalto inmediato"



Mamoon pasó junto a ella, moviéndose ya hacia la solapa de la tienda. "Hemos terminado de jugar a la guerra defensiva con estos cabrones herbívoros"

"¿Señora?" La voz del teniente se quebró levemente.

"Si lo dedicamos todo a un asalto frontal a su posición fortificada, las bajas—
"

Mamoon se detuvo. Girado.

La mirada que dio podría haber despojado la carne de los huesos.



-¿Tartamudeé, teniente? ¿O de repente te han ascendido a asesor táctico?

Su voz volvió a caer a ese ronroneo letal, el tono que precedió a las ejecuciones. "Esas perras de pelaje blanco creen que pueden robarnos, espiarnos, colaborar con la inmundicia de las sirenas, arrojar piedras sobre nuestras cabezas y simplemente... ¿qué? ¿Sentarnos aquí con el rabo entre las piernas?"

Ella dio un paso más cerca. "Déjame explicarte algo sobre los clanes depredadores, mascota"

"Cuando la presa olvida su lugar, cuando se vuelve lo suficientemente audaz como para extraer sangre, no retrocedes. No recalculas."

"Les recuerdas 'exactamente' por qué deberían temer a la oscuridad"

Las orejas del teniente se aplanaron contra su cráneo. "Sí, comandante."

"Esta noche tomaremos su castillo fronterizo" Los ojos de Mamoon brillaban con una luz interior naranja y su aura de cultivo se filtraba en oleadas de violencia apenas controlada.

"Cada. Soltero. Uno de esos cabrones de conejo se doblará la rodilla o se desangrará en sus propias paredes"

Hizo una pausa en la entrada de la tienda y su mente parpadeó ante un pensamiento inesperado. Yuna.

Su hija. Enviado a la academia hace meses.





El recuerdo de esa partida todavía me dolía: los ojos llorosos de Yuna, sus desesperadas súplicas para que comprendiera las razones de tanta firmeza en su madre. Mamoon había sido cruel ese día, deliberadamente duro.

"Eres débil", había dicho. Deberías unirme a la academia para no decepcionarme

Fue por el propio bien de Yuna. La academia la transformaría en algo más fuerte, algo digno de su linaje.

Pero ahora, con los tambores de guerra a punto de sonar y la muerte marchando por el campo de batalla, una pequeña y traicionera parte del corazón de Mamoon susurró una oración. 'Cuídate, cachorrito. Hazte fuerte.'

"Ahora toca las 'malditas' bocinas antes de que decida que tu incompetencia está presente en toda la cadena de mando del Capitán Yan"



El teniente salió corriendo de la tienda.

Momentos después, la profunda y estremecedora ráfaga de cuernos de guerra recorrió el campamento. Tres notas largas, luego dos cortas—la señal para la movilización total de la guerra.

El ejército de gatos se movió como una sombra viviente a través del campo de batalla crepuscular. Tres mil guerreros, cada uno de ellos una hembra, fluyeron hacia el castillo fronterizo del clan de los conejos en una ola sincronizada de gracia letal.

Llevaban variaciones del mismo uniforme—trajes ajustados de látex o spandex que no dejaban absolutamente nada a la imaginación y al mismo



tiempo brindaban una protección sorprendente a través de materiales con infusión de cultivo.

Algunos trajes eran de color negro sólido. Otros presentaban marcas tribales en carmesí, oro o plata que trazaban caminos meridianos.

Todos ellos se aferraron a sus portadores como si les hubieran pintado encima. Los senos de todos los tamaños rebotaban y se movían con cada paso poderoso.

Los muslos se flexionaban debajo del material adherente, músculos definidos con exquisito detalle. Culo envuelto en spandex brillante movido con ritmo hipnótico.

El sonido colectivo de tres mil mujeres respirando en sincronización lista para el combate tenía una intensidad primordial que hacía que la tierra misma pareciera temblar.



Mamoon lideró desde la vanguardia, siendo su traje de comandante el más elaborado de todos. Las marcas carmesí no eran sólo decorativas—eran canales de cultivo reales tejidos en el látex, lo que le permitía extraer energía de manera más eficiente en la batalla.

El diseño del traje incluía recortes estratégicos que enmarcaban sus pechos, y el material formaba una banda apretada debajo de ellos que los empujaba hacia arriba y juntos.

Sus pezones destacaban marcadamente contra el fino látex, visible para cualquiera que mirara.



La parte inferior se moldeó en su coño con una precisión tan obscena que el contorno de sus labios creó crestas distintivas en la tela, la hendidura central pronunciada e inconfundible.

Corrió con la gracia fluida de un gato de la jungla, y cada zancada cubría el doble de la distancia del sprint de una mujer normal.

A su alrededor, los comandantes del batallón seguían el ritmo, sus propios trajes los marcaban como élite—más ajustados, más reveladores, diseñados para demostrar que se habían ganado el derecho a exponerse tan descaradamente en la batalla.

Un sargento canoso con cicatrices cruzando su hombro izquierdo gruñó mientras ella avanzaba a toda velocidad, con sus músculos enroscados por el hambre depredadora. "¡Para el clan! ¡Para el comandante Mamoon!

"¡Adelante!" Otra guerrera gruñó, con los colmillos al descubierto.

"¡Muéstrales a esos ladrones que se follan las rocas lo que pasa cuando nos roban!"

El ejército de amentos avanzaba a toda velocidad, con los músculos ondulando bajo sus formas envueltas en látex y las respiraciones sincronizadas en armonía depredadora.

Tres mil guerreros avanzan como una sombra viviente hacia el castillo fronterizo del clan de los conejos, cada paso lleva el peso de la venganza.

"¡Para el comandante Mamoon!" El grito de batalla arrancó de mil gargantas.





Mamoon lideró la carga, con su traje marcado en carmesí brillando bajo la luz moribunda. Sus ojos ámbar ardían por el poder de cultivo, encerrados en los muros de piedra que había delante, donde los defensores de pelaje blanco se apresuraban a posicionarse.

El suelo debajo de ellos comenzó a brillar.

Comenzó con una luminiscencia verde sutil—débil que se extendía como grietas a través del hielo. Luego más brillante. Pulsante. La tierra misma parecía respirar con malas intenciones.

"¡Comandante!" La voz de un líder de batallón atravesó los pasos atronadores.
"El suelo—"

"¡Es una trampa!" Varias voces gritaron a la vez.

Los ojos de Mamoon se abrieron y el reconocimiento llegó demasiado tarde. Su mirada se dirigió hacia los muros del castillo, donde los guerreros del clan de conejos estaban en formación, con sus rostros engraidos apenas visibles en la distancia.

"¡Sois unas sirenas!" Los colmillos de Mamoon se desnudaron mientras gruñía hacia el castillo, con la voz cruda de furia. Esos cabrones de cola de algodón habían estado trabajando con los tritones todo el tiempo—colaboración que iba más allá de los minerales robados.

La luz explotó hacia arriba.

Una brillante energía verde brotó de la tierra en columnas en espiral, envolviendo a todo el ejército de amentos en un instante. Tres mil guerreros desaparecieron en una vorágine cegadora de magia de cultivo —un conjunto





de teletransportación tan masivo que debe haber llevado meses prepararlo.
freewebnovel.com

La quema comenzó inmediatamente.

La piel de Mamoon se sentía como si estuviera siendo desollada por cuchillos invisibles. Sus canales de cultivo gritaban en protesta mientras la magia de la teletransportación desgarraba su esencia, arrastrando su conciencia a través del espacio de una manera que violaba todas las leyes naturales. A su alrededor, podía oír a sus guerreros gritar —sonidos crudos y animales de pura agonía.

La luz se intensificó. Al rojo vivo. Searing.

Luego, a través del dolor ardiente que los envolvía, una voz.

Male. Casual. ¿Casi... confundido?

"Por cierto, ¿quién es mi suegra entre ellos?"

